

DANIEL FINN

EL CANTO DEL CISNE DEL SOLDADO*

Los libros publicados sobre el IRA [*Óglaigh na hÉireann*] y el Sinn Féin, su brazo político, suelen caer en una de estas tres categorías. Periodistas que hicieron su carrera informando sobre los disturbios en Irlanda del Norte han escrito historias generales sobre el movimiento republicano, estudios sobre regiones particulares (el condado de Armagh [*Contae Ard Mhacha*]), determinados temas (la huelga de hambre de 1981) o determinados líderes (Gerry Adams, Martin McGuinness). En tiempos más recientes historiadores académicos han explorado el mismo terreno, esperando alcanzar mayor profundidad y perspectiva ahora que el polvo del conflicto se ha asentado y que los archivos gubernamentales han comenzado a desvelar sus secretos. Los propios veteranos del IRA, por lo general, han presentado sus experiencias en forma de memorias o ficciones autobiográficas, prolongando una distinguida tradición literaria –algunos de los mejores escritores irlandeses del siglo xx, como Seán Ó Faoláin, Frank O'Connor y Brendan Behan [Breandán Ó Beacháin], participaron de un modo u otro en las actividades del «viejo» IRA durante la Guerra de la Independencia de 1919-1921–, y han enriquecido nuestra comprensión de la historia del movimiento; pero pocos de ellos han pretendido elaborar un amplio estudio que trascienda su propio papel en la «larga guerra», y menos todavía lo han acercado hasta nuestros días analizando el actual marco político en Irlanda del Norte, en el que la antigua dirección del IRA participa en la gobernación de un territorio que permanece firmemente anclado en el Reino Unido, mientras republicanos «disidentes» tratan de reiniciar la lucha contra el dominio británico.

La nueva obra de Tommy McKearney, *The Provisional IRA: From Insurrection to Parliament*, se aleja de la pauta establecida, y aunque evidentemente guarda relación con los recuerdos del autor como militante republicano, no se refiere directamente a sus experiencias durante el conflicto. McKearney se incorporó al IRA en el condado predominantemente rural de Tyrone [*Tír Eoghain*] cuando todavía era un adolescente, y pronto se convirtió en comandante de su unidad local. Fue condenado a muerte en 1977 por el

* Tommy McKearney, *The Provisional IRA: From Insurrection to Parliament*, Londres, Pluto, 2011, 256 pp.

asesinato de un miembro del Ulster Defence Regiment (la sentencia se basaba en una supuesta confesión, obtenida según McKearney tras siete días de tortura, y que él siempre ha negado). Sus compañeros de prisión en los Bloques H de Long Kesh lo recuerdan como el historiador autodidacta que les gritaba sus lecturas sobre Bismarck y Napoleón a través de los agujeros en los muros de las celdas. Durante su estancia en prisión pasó 53 días en huelga de hambre, del 27 de octubre al 18 de diciembre de 1980, y perdió a tres hermanos en el conflicto. Cuando fue liberado en 1993 ya se había distanciado del IRA, y ahora trabaja como periodista y organizador sindical. Su primera publicación cuenta la historia del ejército secreto irlandés desde la campaña por los derechos civiles de la década de 1960 hasta las elecciones generales en el sur de la isla en febrero de 2011. No es un estudio exhaustivo de los Provisionales, pero toca todas las cuestiones clave de su trayectoria desde los campos de internamiento y las casas-refugio hasta los pasillos del poder. Aunque McKearney ha preferido no escribir otra narración en primera persona sobre «el Conflicto», sus opiniones quedan claramente expresadas: el libro ofrece a un tiempo una defensa acérrima del IRA contra sus adversarios tradicionales y una crítica del movimiento desde una perspectiva de izquierdas. Es tan deplorable como poco sorprendente que todavía no se haya publicado ni un solo comentario en la prensa habitual a uno u otro lado de la frontera irlandesa.

Antes de ocuparse del nacimiento del IRA Provisional a finales de la década de 1960, McKearney describe el sistema político al que hizo frente. Desde su fundación en 1920, el gobierno de Irlanda del Norte fue «una anomalía, una aberración y una reliquia del Imperio». Aunque la región formaba parte integrante del Reino Unido, el gobierno de Westminster prefirió delegar la responsabilidad de los asuntos de Irlanda del Norte en el parlamento y gobierno de Stormont, permitiendo al Partido Unionista del Ulster hacer lo que quisiera con su mayoría electoral permanente. El sistema que crearon los políticos unionistas se basaba en «una forma no escrita y perversa de contrato social entre una elite y una clase obrera protestantes» que garantizaba a este último grupo un trato preferencial: «Esto no significaba que todos protestantes se hicieran ricos, ni siquiera que disfrutaran de un acomodo extraordinario, pero sí de la primera opción sobre lo poco que había disponible en términos de empleo, alojamiento e influencia sobre el gobierno local». La discriminación sistemática contra la minoría católica era supervisada por un funcionariado predominantemente unionista incapaz de ofrecer siquiera «el *sine qua non* de una burocracia con un funcionamiento normalizado», en concreto un trato igualitario hacia los ciudadanos. La fuerza de policía militarizada también estaba impregnada del pensamiento unionista y era «incapaz de ofrecer un servicio ecuánime al público».

Ya nadie discute la discriminación bajo el viejo sistema de Stormont: todas las fuerzas políticas implicadas en el conflicto han aceptado que no hay vuelta atrás al *status quo ante*, aunque los políticos unionistas todavía puedan tildar de exagerada o imaginaria la desventaja católica. Más común es

la atribución de las prácticas sectarias del dominio unionista a la paranoia: temiendo la dominación católica y la traición británica, los unionistas trataban con una suspicacia mal orientada pero comprensible a la gran minoría dentro de sus fronteras hostil a la existencia del Estado. McKearney distingue en cambio una estrategia más calculada destinada a bloquear el surgimiento de una política de clase. En 1907 y 1919 se produjeron en Belfast dos huelgas generales importantes que llevaron a los trabajadores católicos y protestantes a enfrentarse con la burguesía local. Los terratenientes y empresarios industriales que dominaban la jerarquía unionista temían que «cualquier dilución del vínculo entre los protestantes obreros y los de la clase dominante pusiera en peligro el futuro del Estado». El sectarismo era un arma muy valiosa en sus manos, que aseguraba que el movimiento obrero en Irlanda del Norte fuera el más débil de toda la Europa occidental y que en sus grandes astilleros y obras de construcción no prendiera el sindicalismo militante que se daba al otro lado del mar de Irlanda en Glasgow y en Liverpool.

Esta opinión es indudablemente más acorde con las pruebas históricas que la explicación más benigna de las prácticas sectarias. Si los políticos unionistas hubieran estado simplemente preocupados por la amenaza de la absorción por un Estado mayoritariamente católico en el sur, habría sido más prudente para ellos neutralizar cualquier quinta columna potencial tendiendo la mano a la clase media católica y sus representantes (el nacionalismo radical siempre había sido más débil entre los católicos del Norte que en el resto del país: el Partido del Autogobierno [*Léig an Rialtais Dúchais*]* seguía manteniendo allí la primacía frente al Sinn Féin después de haberla perdido en todas las demás provincias). En caso de que los políticos nacionalistas hubieran tardado en responder a un gesto conciliador, la jerarquía católica habría presionado en los lugares adecuados, deseosa como estaba de establecer un *modus vivendi* con el poder del Estado. Pero esto habría significado renunciar al cobijo del comunalismo frente a un eventual desafío desde abajo. Los brotes más destructivos de violencia sectaria antes del conflicto reiniciado a finales de los sesenta se produjeron tras breves episodios de lucha de clases, después de la huelga de los obreros de la construcción en 1919 y de las protestas radicales contra el desempleo durante la Gran Depresión. En ambos casos las grandes figuras del Partido Unionista hicieron sonar los tambores de Orange tan alto como podían con el fin de exorcizar el espectro de la unidad de la clase obrera, suponiendo que el conflicto sectario sería más fácil de gestionar que las luchas de clases que conmocionaban otros rincones del mundo capitalista. Durante medio siglo esa apuesta les fue rentable.

Cuando al sistema unionista le llegó el momento de afrontar la oposición eficaz del movimiento por los derechos civiles en favor de las reivindicaciones

* En realidad se refiere a su sucesor entre 1882 y 1921, el Partido Parlamentario Irlandés [*Páirtí Parlaiminteach na hÉireann*], al que sucedió a su vez el Partido Nacionalista de Irlanda del Norte [*N. del T.*].

ciones de la minoría católica, fue incapaz de reformarse sin una presión exterior:

La clase dominante en Irlanda del Norte percibió que el intento de reforma en cualquier área corría el riesgo no sólo de enojar a algún grupo en particular, sino de provocar una reacción en cadena en todo el unionismo. Como en los viejos estados satélites de la URSS, quitar un ladrillo del muro amenazaba derrumbar todo el edificio. Irlanda del Norte se hallaba en esa desdichada situación en que para sobrevivir tenía que hacer reformas pero, debido a la naturaleza del Estado y a la composición de su cultura e ideología dominante, no podía emprender los cambios necesarios para una transición pacífica.

McKearney señala que la línea divisoria entre el Estado y la sociedad en Irlanda del Norte nunca estuvo claramente definida: El Royal Ulster Constabulary [policía] contaba con el apoyo de los voluntarios del Ulster Special Constabulary (B Specials), a los que se permitía guardar sus armas en casa, mientras que el Partido Unionista, que había colonizado la estructura de poder local, estaba a su vez dominado por la sectaria Orden de Orange. Los manifestantes por los derechos civiles afrontaban así una respuesta violenta, tanto de las bandas «civiles» nutridas principalmente por Especiales del USC como por policías uniformados del RUC. La erupción de agosto de 1969 obligó al gobierno de Harold Wilson a intervenir directamente en Irlanda del Norte desplegando tropas británicas: casi dos mil familias —el 80 por 100 de ellas católicas— se vieron obligadas, por la frenética violencia desatada entonces, a abandonar sus hogares en Belfast, mientras que los jóvenes católicos de Derry se enfrentaban en las calles con el RUC utilizando piedras y cócteles molotov para impedirles el acceso al Bogside [*Taobh an Bhogaigh*].

Mientras la autoridad de Stormont se derrumbaba, parecía el momento perfecto para que Westminster cortara el nudo gordiano imponiendo una reforma a sus subordinados rebeldes; pero Wilson y su sucesor Edward Heath prefirieron apuntalar el gobierno regional ofreciendo un derecho de veto implícito al Partido Unionista, ya que Londres temía que cualquier cambio drástico reforzara a su ala derecha, o lo que era peor todavía, al belicoso predicador Ian Paisley. McKearney explica la trayectoria seguida en términos de cálculos estratégicos. En su opinión, Gran Bretaña estaba decidida a mantener su soberanía sobre Irlanda del Norte, recordando la importancia de sus puertos y bases durante la guerra contra Alemania. Paisley y sus allegados podían hacer como Ian Smith cuatro años antes en Rodesia y declarar unilateralmente la independencia si el gobierno de Westminster se empeñaba en demoler la estructura de poder local. El argumento es plausible, aunque también pudo ser simplemente el deseo de ejercer el poder sin arrostrar la consiguiente responsabilidad lo que dictó la política de Londres. Desde 1920 sucesivos gobiernos británicos habían disfrutado del mejor de ambos mundos sin tener que preocuparse nunca por la administración cotidiana de Irlanda del Norte, aunque seguía formando parte del Reino Unido. Si se sustituía a Stormont por el gobierno británico directo, aquel comfortable acomodo podía saltar por los aires.

Mejor apoyarse en la población nacionalista, cuyo descontento se había demostrado siempre manejable en el pasado.

Si hubieran prestado atención a los acontecimientos en la política republicana, los políticos británicos podrían haber elegido una vía diferente. Los marxistas del Sur que entonces dirigían el IRA venían evaluando las posibilidades de una estrategia estrictamente desarmada hasta que los acontecimientos de agosto de 1969 pusieron en la agenda la demanda de armas. Poco después, un grupo de republicanos tradicionalistas se escindieron para formar el IRA Provisional y comenzaron a preparar una lucha contra el dominio británico que resucitaría las tácticas de guerrilla de golpea-y-huye (*hit-and-run*) del viejo IRA. Todo lo que necesitaban eran voluntarios, y los métodos utilizados por el ejército británico para preservar el gobierno de Stormont se iban a ocupar de eso. Para los nacionalistas, la transición a la represión abierta quedó simbolizada por el toque de queda en Falls Road [*tuath-na-bhFál*] de julio de 1970, que puso al gueto católico de la mitad occidental de Belfast bajo control militar durante tres días mientras los soldados británicos saqueaban las casas y emponzoñaban el área con gas lacrimógeno CS, matando a cuatro civiles en el curso de los registros en busca de armas.

El mando militar había decidido la incursión después de los choques entre alborotadores unionistas y la Brigada Belfast de los Provisionales: aunque sus antiguos camaradas del IRA Oficial protagonizaron la mayor parte de los combates durante el toque de queda, fueron los Provos los que recogieron la cosecha. En 1971 su organización disponía de suficientes armas, explosivos y voluntarios entrenados como para lanzar ataques contra los soldados británicos, así como una campaña de bombas que redujo a escombros los distritos comerciales (al tiempo que se cobraba un considerable peaje en víctimas civiles). Cuando en el verano de aquel año el gobierno decidió satisfacer las demandas unionistas de internamiento de los sospechosos republicanos, la subsiguiente agitación no hizo más que dar otro empujón al nuevo IRA. La insurgencia siguió fortaleciéndose tras el asesinato de trece civiles nacionalistas por las tropas británicas cuando se manifestaban contra el internamiento. Las estadísticas ofrecieron su propio veredicto sobre la política de seguridad decidida en Londres al multiplicarse por veinte el número de víctimas del conflicto en el plazo de dos años. El gobierno de Edward Heath, que tenía ante sí los mayores disturbios civiles en cualquier país occidental desde 1945, cambió de marcha y así se lo hizo saber al de Stormont, suspendiendo sus funciones e imponiendo el gobierno directo desde Westminster. Aquel año de 1972 se saldó con casi medio millar de víctimas de ambos bandos.

El IRA Provisional entendió la suspensión de Stormont como una confirmación de lo acertado de su táctica y predijo que 1972 sería el «año de la victoria», afirmando que bastaba un empujón final para expulsar a los británicos y reunificar la isla. Cuatro décadas después, Irlanda del Norte sigue formando parte del Reino Unido y la mayoría de los republicanos han cambiado de estrategia. McKearney explora los factores que determinaron

esa distancia entre el proyecto y sus resultados hacia la mitad de su libro, en su capítulo más largo, en el que estudia la estrategia política y militar del IRA. Señala las dificultades intrínsecas de una guerra de guerrillas en una pequeña región en la que «un motorista puede conducir fácilmente en diagonal de un extremo a otro en tan sólo tres horas». Las montañas y bosques que cobijan a las fuerzas guerrilleras en Colombia o en el Kurdistán bajo dominio turco están totalmente ausentes en Irlanda del Norte. Nunca existió ninguna posibilidad seria de que los Provos derrotaran directamente al ejército británico, como les fue quedando cada vez más claro a los voluntarios del IRA a medida que se iba desvaneciendo la euforia de principios de la década de 1970:

La experiencia fue atenuando la esperanza en una victoria decisiva, pero esta se vio sustituida por la idea igualmente seductora de que una tasa suficientemente alta de bajas entre las tropas regulares británicas obligaría a la población del Reino Unido a votar por la retirada de Irlanda; se aducía a veces el conflicto de Vietnam y el Movimiento Contra la Guerra en Estados Unidos pero, por plausible que pudiera parecer en teoría, la realidad se demostró diferente. Lo cierto es que el IRA no tenía suficiente capacidad para infligir al ejército británico bajas tan abundantes como para generar el tipo de movimiento amplio contra la guerra que alarmó al Pentágono. Además, como su ejército no sufría excesivas bajas, el Ministerio de Defensa británico nunca tuvo que recurrir al reclutamiento obligatorio.

De hecho, las pérdidas sufridas por las tropas británicas disminuyeron notablemente tras el máximo de 1972, en parte debido a los métodos de vigilancia intensivos descritos por McKearney, que permitieron al ejército controlar los movimientos del enemigo montando puestos de control, entrando a registrar las casas y reclutando confidentes. Pero igualmente importante fue la «ulsterización» de la contrainsurgencia británica: dos fuerzas locales, el RUC y el Regimiento de Defensa del Ulster (UDR), se situaron en primera línea contra los Provos y absorbían una cuota creciente de las bajas. En 1972 murieron 106 soldados del ejército regular frente a 40 miembros del combinado RUC/UDR; a finales de la década, las bajas sufridas por estos solían ser proporcionalmente mucho más altas. Las cifras globales durante todo el conflicto estaban parejamente distribuidas, siendo prácticamente iguales –502 muertos frente a 497–, aunque la mayoría de las bajas del ejército se produjeron durante la primera década.

McKearney defiende enérgicamente la decisión del IRA de atentar contra los miembros no estrictamente militares del RUC/UDR, que ha sido a menudo presentada como una campaña sectaria contra la población unionista que nutría casi en exclusividad ambas fuerzas. Argumenta que «esos hombres actuaban no sólo como los ojos y oídos del ejército regular, sino que lo apoyaban activamente en los planos logístico y militar [...]. El IRA Provisional habría sido increíblemente cándido, por no decir extraordinariamente estúpido, de no haber reconocido la amenaza que suponían esas fuerzas». Pero aun dejando a un lado las cuestiones morales, no caben muchas dudas sobre las consecuencias prácticas para el IRA de la «ulsteri-

zación». Las familias protestantes cuyos parientes caían en los atentados de los Provos nunca pedirían una retirada británica de Irlanda; por el contrario, las pérdidas incrementaban su determinación de apoyar la Unión.

Probablemente le habría sido útil a McKearney explorar con más detalle las vías descartadas en los primeros años del conflicto, cuando todavía no se habían consolidado las posturas. Contra quienes creían que se trataba simplemente de optar entre la política parlamentaria y la lucha armada del IRA, un grupo heterogéneo de radicales defendían la resistencia civil de masas frente a la política británica. Su llamamiento encontró cierto eco, ya que no fueron únicamente los atentados de los Provisionales los que provocaron la suspensión de Stormont; a continuación del internamiento, la negativa de los consejos locales a pagar los alquileres e impuestos se combinó con frecuentes manifestaciones en la calle y la erección de barricadas para impedir el paso al ejército y la policía. McKearney afirma que un efecto de la masacre de Derry en enero de 1972 fue «imposibilitar al movimiento de masas la protesta pacífica [...]». Buena parte de los católicos de Irlanda del Norte creían que la acción del ejército británico en el Domingo Sangriento no fue accidental, sino que estaba destinada a canalizar la movilización antigubernamental hacia el único terreno en que podía actuar con ventaja: el conflicto armado». Este es un asunto crucial, y merecería mayor detenimiento. El Estado británico se las veía y se las deseaba para hacer frente a una campaña de desobediencia civil multifacética, pero estaba mucho mejor equipado para una lucha directa contra el IRA. La militarización de la resistencia al dominio británico facilitó enormemente su tarea, algo que nunca fue suficientemente percibido por los Provos, que se basaban, como escribe McKearney, en «un modelo de organización militarista y jerárquico que desconfiaba de los movimientos de masas que no controlaba directamente».

Cuando los prisioneros republicanos iniciaron una prolongada huelga de hambre en 1981 pidiendo que se les reconociera como presos políticos, grandes multitudes tomaron las calles por primera vez en casi una década. Varios de los prisioneros resultaron elegidos para la *House of Commons* en Londres y el *Dáil Éireann* en Dublín, dando a los republicanos su primer gran éxito electoral y propiciando la incorporación de una nueva generación de activistas. El Sinn Féin salió muy reforzado de la huelga de hambre: ya no era una débil sombra del IRA, y acabaría suplantando al ala militar de los Provisionales como vanguardia del movimiento republicano. Para McKearney, quien observaba aquellos acontecimientos desde su celda en la Prisión de Su Majestad de Maze [Long Kesh], la huelga de hambre fue una oportunidad perdida, en la que los republicanos podrían haber forjado un «nuevo y dinámico movimiento de masas contra el sistema» pero prefirieron en cambio avanzar en la construcción del Sinn Féin como un partido parlamentario convencional.

El autor pertenecía a un grupo de Provisionales de izquierdas que ya en la década de 1980 propusieron que el movimiento adoptara un claro programa

socialista (también cuestionaban la viabilidad de la campaña de atentados del IRA en una época en que tales cuestiones eran un tema tabú). Aunque los Provos habían declarado durante el conflicto que su objetivo era una «República de Trabajadores», McKearney argumenta que carecían de «una comprensión y análisis coherente de lo que significaba el socialismo o cómo se podría poner en práctica, y sólo disponían de una visión amplia y bastante vaga que dejaba los detalles para el día siguiente de una victoria del IRA». Sugiere que, aunque la ideología del movimiento fuera primordialmente nacionalista, sus seguidores solían provenir de la clase obrera y podrían haber adoptado sin grandes problemas una plataforma coherente de izquierdas, lo que habría ofrecido cierta base a los republicanos para iniciar un diálogo con la clase obrera unionista, al menos sobre cuestiones económicas. Pero el Sinn Féin prefirió maximizar su potencial electoral inmediato con un planteamiento populista que insistía en la unidad pancatólica (McKearney menciona despectivamente su «republicanismo del *Irish News*», aludiendo al diario que actúa como portavoz de la opinión católica respetable del norte).

Los últimos capítulos del libro describen la trayectoria seguida hasta el Acuerdo de Viernes Santo del 10 de abril de 1998 y el sistema establecido desde entonces en Irlanda del Norte. McKearney compara al Sinn Féin con el Nuevo Laborismo, subrayando el escaso respeto a los principios y la obsesiva gestión de los medios que ha caracterizado a ambos partidos. A diferencia de muchos republicanos críticos con Gerry Adams, no acusa al presidente del Sinn Féin de «traicionar» a un movimiento que de otro modo habría combatido hasta la victoria, sino más bien a toda la dirección de los Provos de deslizarse hacia la «socialdemocracia de derechas según el modelo de Blair» y de aceptar una estructura que hace prácticamente imposible un cambio económico radical:

El ejecutivo [de Irlanda del Norte] tiene escaso poder real. No puede recaudar impuestos, controlar la seguridad ni influir sobre la política exterior. Westminster decide el tamaño de su presupuesto anual casi como la paga que los padres reparten a sus hijos en edad escolar. El gobierno central de Londres también determina la naturaleza de la sociedad que se permite administrar al parlamento y gobierno de Stormont, sin tolerar ningún desafío al mercado libre, que dicho sea de paso, tampoco se ha planteado nunca desde allí. En realidad, la Asamblea de Irlanda del Norte tiene aproximadamente las mismas relaciones con la Cámara de los Comunes de Londres que el supermercado de Tesco en Belfast con la oficina central de la cadena en Cheshunt, Hertfordshire.

Aunque el Sinn Féin ha seguido una trayectoria bastante diferente en la República, en la que aparece como una fuerza radical antisistema, McKearney señala las vacilaciones del partido en cuanto a dejar abierta la puerta a una coalición con aliados de centro-derecha. A raíz de los resultados de las encuestas antes de las últimas elecciones*, los activistas del partido deba-

* Celebradas el 25 de febrero de 2011; el Sinn Féin pasó de 5 a 14 diputados y del 7 al 10 por 100 de los votos [N. del T.].

tieron si debían oponerse al nuevo gobierno desde la izquierda o bien postularse como sustituto del Fianna Fáil: «El propio hecho de que se planteara la cuestión es de por sí indicativo de la ausencia de una firme ideología socialista en el movimiento». La «amplitud de miras» del Sinn Féin queda reflejada también en el hecho de que su aliado más íntimo en el Capitolio de Washington sea el archi-islamófobo congresista por Nueva York Peter King, últimamente muy célebre por sus vehementes declaraciones contra Occupy Wall Street.

La propuesta alternativa de McKearney no se basa en la ortodoxia republicana tradicional. Argumenta que, aunque el Acuerdo de Viernes Santo no ha eliminado la partición de la isla, al menos ha puesto fin al «Estado Orangista» basado en los privilegios sectarios y ha aliviado buena parte de la urgencia de un cambio constitucional. Ahora que la unidad de Irlanda se ha convertido en un objetivo de baja intensidad para la mayoría de los nacionalistas a ambos lados de la frontera, habrá escaso apoyo para grupos que se limiten a repetir la vieja exhortación de «cada-cosa-a-su-tiempo» sin adoptar una agenda socialista más amplia. McKearney sugiere que se pueden realizar avances hacia objetivos de izquierda dentro de los límites territoriales establecidos, dada «la capacidad que ahora tenemos –imposible en la era del Estado Orangista– de desarrollar la solidaridad de clase por encima de las diferencias sectarias, dejando a un lado las divergencias sobre la cuestión nacional». Detecta dos obstáculos principales: el atrincheramiento de las identidades comunales en el corazón del sistema político –que requiere que los partidos se definan como «nacionalistas» o «unionistas» si desean desempeñar un papel sustancial– y la incapacidad del sistema para emprender reformas radicales contra la voluntad de Londres. Parece ciertamente una agenda sensata para quienes desean defender los intereses de la clase obrera en Irlanda del Norte, provengan o no de la tradición republicana, aunque será por supuesto una tarea totalmente diferente reunir las fuerzas capaces de superar la política sectaria.